

ese paso está mediado por el sacrificio y se enfrenta a la muerte. El otro rostro del erotismo, lo dice constantemente Bataille, es la muerte. El gran ensayista francés se preocupó del erotismo en relación a la sexualidad, por un lado, y de lo sagrado por el otro, y nos dejó unos libros admirables y terribles que, por su importancia, son también un síntoma de nuestro tiempo. El amor propiamente dicho no fue su tema, y, por no serlo, el erotismo, en las distintas modalidades que estudió, no tenía salida a no ser, como ya he reiterado, en lo sagrado. Como Sade⁹, hizo del erotismo, el cosmos; a diferencia de él —en realidad son muchas las diferencias— no lo convirtió en una negación universal sino en el medio más potente de acceder de restañar la escisión. Pero, curiosamente, cuando se produce el acceso a lo continuo, la persona ha desaparecido. Le dejo la voz a Bataille: «la convulsión de la carne, más allá del conocimiento, solicita el silencio, solicita la ausencia de espíritu. El movimiento carnal es singularmente extraño a la vida humana» (...) El que se abandona a ese movimiento ya no es humano, es, a la manera de las bestias, una ciega violencia que se reduce al desencadenamiento, que disfruta de ser ciego y haber olvidado».

Persona, tiempo, sentidos: una reinención del amor

La última aportación de importancia a este tema se debe a Octavio Paz: *La llama doble*¹⁰ es algo más que un extraordinario ensayo sobre el amor y el erotismo, es un gesto moral. Por su calidad reflexiva tiene que ver con los grandes intentos de algunos pensadores por dilucidar un tema tan manoseado como intangible; por su gesto, tiene que ver con la poesía. *La llama doble* mantiene un diálogo explícito, pero aún más implícito, con los trabajos que sobre el amor y el erotismo, se han realizado en nuestro siglo. Este libro es, también, una defensa del «amor humano», de ese sentimiento raro pero universal que consiste en preferir pasionalmente a una persona.

No son muchos en nuestra lengua los que han teorizado sobre el amor, y menos aún los que han dicho algo que valga la pena. Ortega y Gasset, que supo pensar muchas cosas, escribió en distintas épocas sobre el amor, el erotismo y otros temas afines. Aunque algunas de sus observaciones no carecen de inteligencia, no se puede afirmar que entendiera la pasión amorosa ni que, realmente, entendiera a las mujeres. Nunca consideró a la mujer un igual, quizás porque valoró —lo dijo alguna vez— el pensamiento como una erección y lo tópico en la mujer es abrirse, acoger. La

⁹ Un dato marginal pero curioso: tuvieron a un mismo y apasionado editor: Jean-Jacques Pauvert, autor de una monumental, y un poco ilegible, como todo monumento, biografía sobre Sade.

¹⁰ *La llama doble*, Octavio Paz, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1993.

mujer podía ser bella, entretenida, seductora, pero creo que nunca creyó que estuviera a su altura. Se recordará que dijo del enamoramiento que es un «estado inferior del espíritu, una especie de imbecilidad transitoria», una «angina psíquica». Suficiencias de la razón más que razones suficientes. Otros autores de nuestra lengua han escrito libros sobre el amor, algunos de ellos con sugerencias de interés o bien olvidables: Rosa Chacel, Juan Gil Albert, Ramón J. Sender...

La meditación sobre el amor y sus formas de manifestarse (el deseo, el erotismo, la sexualidad), no es nueva en Paz, está en el origen de su obra y ha respunteado su obra reflexiva. En primer lugar hay que recordar que gran parte de su poesía —quizás la más importante— está compuesta por poemas de amor. Si como afirma, desde el siglo XII en adelante el tema de buena parte del teatro, novelas y poemas tiene que ver con las pasiones, nosotros podemos afirmar que algo semejante ocurre con su obra. Es fácil encontrar en este ensayo ecos reflexivos, argumentaciones y explicaciones de lo que en sus poemas son cristalizaciones de imágenes. Esos poemas son, en buena medida, el doble de este libro. Paz, que tiene la rara habilidad de adelantarse a sus comentaristas, señala en el prólogo que uno de sus últimos poemas, «Carta de creencia»¹¹ guarda una relación íntima con este ensayo. Insisto en que no es el único, pero es cierto: ahí encontramos, dramatizado, gran parte del cuerpo de ideas de *La doble llama*: la escala contemplativa de Platón, la consideración de Dante (accidente de una substancia), en línea con *El Collar de la paloma*, como señala Paz; pero tenemos, sobre todo, su propia visión y vivencia. Frente al jardín mítico donde el Uno es, sin predicados, el mundo hecho de presencias: presencia con cara y nombre. «Hacer un tú de una presencia./ Amar: abrir la puerta prohibida,/pasaje/que nos lleva al otro lado del tiempo». *Carta de creencia* y *La llama doble* son obras que riman, no por sus formas, sino por sus temas.

Al igual que Rougemont, Paz cree que nuestra idea del amor viene de los siglos XII y XIII, fundamentalmente de lo que se ha llamado amor cortés. A diferencia de Rougemont, no le parece que ese «sentimiento» sea privativo de occidente sino que es universal, aunque esos siglos lo dotan de un cuerpo de ideas que no se había dado anteriormente en otras culturas. Hay varios factores que han hecho posible esa realidad; entre ellos, la evolución de la condición femenina. Sin igualdad, dice Paz, no puede haber verdadero amor, tampoco sin libertad. Por eso el amor ha prosperado en las grandes ciudades y en momentos de reivindicación femenina (Alejandría, Roma o las cortes provenzales y otras). Otra diferencia fundamental con el autor de *El amor y Occidente*: como hemos visto, consideraba el amor una herejía. Paz analiza en su libro el catarismo y dice algo

¹¹ *En Arbol adentro*, Seix Barral, Barcelona, 1987.

que no se le ocurrió, que yo sepa, a muchos estudiosos: no es una herejía sino una religión ya que, lejos de ser una desviación parte de presupuestos absolutamente distintos. Rougemont lee a los poetas provenzales —a unos pocos e interesadamente— desde la condena cántara de este mundo, hijo de Luzbel. El poeta mexicano le recuerda que los poetas provenzales exaltaron a la amada, a veces lejana, pero también el abrazo carnal y, citando a Martín Riquer, argumenta que el tipo de poema Alba, que señala la pena del enamorado al abandonar el lecho de su pareja (habitualmente una mujer casada) no hubiera podido escribirse sin la consumación¹². Hoy día pocos creen en la vinculación del amor cortés y el catarismo. Es cierto que tuvieron su auge en la misma zona y al mismo tiempo y que por lo tanto hay imbricaciones, pero parten de concepciones de la vida distintas.

A riesgo de simplificar y de confundir —toda simplificación es una suma de errores, pero es inevitable— señalo las tres características principales que Paz encuentra en la tradición de amor occidental: «la exclusividad, que es amor a una sola persona; la atracción que es fatalidad libremente asumida; la persona, que es alma y cuerpo (...) «Continua transmutación de cada elemento: la libertad escoge la servidumbre, la fatalidad se transforma es elección voluntaria, el alma es cuerpo y el cuerpo es alma».

¿Elegimos nuestra fatalidad? Elegimos a una persona, pero esa elección viene precedida por una atracción. El objeto de nuestro deseo se transforma en sujeto, es una persona, alguien a quien pedimos que nos elija porque necesitamos perseverar en el sentimiento que acabamos de descubrir. No un objeto que poseemos sino alguien que ha de ser libre para que pueda ser amado. En el momento en que negamos su libertad la persona se convierte en objeto al servicio de nuestro erotismo o nuestra sexualidad: opaco, nos devuelve una y otra vez nuestras miradas. Amar, dice Paz, es «inclinación pasional», transformación del objeto erótico «en un sujeto libre y único». Esa unicidad, esa cualidad de destino, es la que pide la exclusividad, puesto que el amor es atracción entre dos personas únicas. La sexualidad es el reino horizontal, indiferenciado; el erotismo es social, es una metáfora de la sexualidad que nos lleva de cuerpo en cuerpo o que se trasciende en el amor, su metáfora última; el amor, siendo sexualidad y erotismo, da un paso más allá al reconocer que esa atracción por un cuerpo lo es de un cuerpo que es un alma, de un alma encarnada: un destino único. Y aquí entra la idea de exclusividad: Paz analiza las excepciones y variantes, y muestra cómo en cuanto se pierde esta cualidad pasamos a otros tipos de afectos que, sin dejar de ser importantes, desvirtúan la fuerza de esta pasión. Al tiempo que el erotismo es una excepción frente a la sexualidad, el amor es una excepción frente al erotismo. En la Ilustración,

¹² Además, Riquer añade en el estudio introductorio a sus *Los trovadores*: «el amor cortés o fin 'amors aspiraba a un fin muy concreto y muy determinado: el fach (o fait)» Es decir, el acto de copulación y el último grado, que, según «graves escritores latinos», hay en el amor. De cualquier forma, como advierte Riquer, «hay que evitar emitir juicios de conjunto que afectan nada menos que a unos trescientos cincuenta poetas que produjeron a lo largo de dos siglos».

la libertad erótica se convirtió en crítica moral. Fue un eros ilustrado, eficaz contra puritanos y gazmoños, pero, como en el caso de Sade, al que Paz ha dedicado un penetrante ensayo¹³, es un erotismo al que le ha sido negado el deseo y lo que éste designa. El erotismo se vuelve una lógica ergotista y así se niega, pierde su fuerza provocadora en aras de una lógica abstracta. Todo lo contrario de lo que ocurre en tantos poetas, desde el romanticismo a nuestros días. Cernuda es un ejemplo donde «por el amor, el deseo toca al fin la realidad: el otro existe»¹⁴.

Esta cualidad hace que nuestra idea del amor tenga más afinidad con la del mundo árabe y persa que con la de India y el Extremo Oriente. Las ideas de los dos primeros pueblos derivan de religiones monoteistas, mientras que en el budismo, taoísmo e hinduismo no hay una noción neta de un alma individual. Libertad y destino son dos nociones occidentales profundamente diferentes de las orientales. En Cao Xuequin y en Murasaki, explica Paz, el amor es un destino impuesto desde el pasado (karma); en Proust, un «destino libremente escogido». Demonio intercedor, filtro amoroso, raptó, la atracción amorosa ha sido designada siempre como un salir fuera de sí pero también como un reconocimiento. Dentro de esta tradición, André Breton definió al amor como «una forma de la necesidad exterior que se abre camino en el inconsciente humano», Paz remacha: esa forma exterior es un accidente que se convierte en una necesidad, y la necesidad es un ejercicio de nuestra voluntad que, al realizarse, la transforma en elección. Esta es una de las contribuciones de esta obra: ver la pasión amorosa como una expresión de nuestra libertad. Lo llega a decir con una expresión coloquial: «el amor es la libertad en persona».

Paz vuelve una y otra vez a la doble influencia del platonismo en la cultura del amor en Occidente. Por un lado, sin su idea del alma no sería posible la idea de que el cuerpo tiene nombre, por decirlo de alguna forma. Hay que aclarar que no es que en otras culturas, el Japón de Murasaki por ejemplo, no haya acentuación de la individualidad en el amor: se ama a una persona y no a otra, pero la idea del amor es distinta: para los budistas, la pasión es un encadenamiento, un karma del que hay que desprenderse: el yo, y con él la individualidad, nos ata a la rueda de las encarnaciones y por lo tanto hay que trascenderlos en la vacuidad o en el ser. En cuanto al platonismo, desvirtuó al cuerpo al convertirlo en un momento del paso del alma hacia la perfección. La belleza de la persona no es sino señal de la Belleza arquetípica. Duda incluso de que Platón escribiera sobre el amor: «En realidad, para Platón el amor no es propiamente una relación: es una aventura solitaria», la que nos lleva a través del otro hacia el Empíreo. «Para Platón los objetos eróticos —sean el cuerpo o el alma del efebo— nunca son sujetos: tienen un cuerpo y no sienten,

¹³ Un más allá erótico: Sade. Ed. Vuelta, México, 1993.

¹⁴ Cuadrivio, Joaquín Moritz, México, 1965.